

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL COUNCIL ON FOREIGN**  
**RELATIONS DE DALLAS, TEXAS.**

DALLAS, 12 de Mayo de 1992.

Señoras y señores:

En primer lugar, muchas gracias por sus palabras tan cariñosas. Creo que yo no tengo más mérito que haber sido intérprete de una vocación muy profunda de la mayoría de los chilenos que tenemos una tradición histórica, que nos viene desde los tiempos de nuestra Independencia, de amor a la libertad, de respeto a las instituciones democráticas, de búsqueda de la paz y de la justicia.

La Providencia quiso que ese esfuerzo en que se sacrificó tanta gente por recuperar la democracia en Chile hiciera de mí su vocero y luego su abanderado, y me confiara la responsabilidad que estoy desempeñando.

Es para mí muy grato encontrarme ante ustedes. Soy el primer Presidente de la República de Chile que visita Dallas en ejercicio de sus funciones.

Agradezco la invitación del Council on Foreign Relations de Dallas, que me brinda la oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre mi país y las posibilidades de intercambio y colaboración que nos abre el mundo contemporáneo.

Creo que mis palabras no los van a sorprender. Texas simboliza el espíritu pionero de los Estados Unidos, la gran pujanza de sus empresarios y la creatividad de sus científicos. Este Estado y esta gran ciudad han debido brindar el esfuerzo que se requiere para fundar, en medio de una geografía agreste, una sociedad próspera y también justa.

Chile es también una tierra de inmigrantes y de pioneros, congregados en un lugar apartado del planeta, el último rincón de

nuestro continente americano, pero no por ello ajenos a las ansias compartidas de libertad y progreso. La nuestra es también una historia de esfuerzo, pero al mismo tiempo de esperanza, basada en el espíritu emprendedor y de sacrificio de nuestros ciudadanos.

Por ello, estoy cierto que ustedes comprenderán muy bien la trayectoria de mi país en los años recientes.

Superado el largo período autoritario, Chile regresó hace dos años a la familia de las naciones democráticas. La restauración democrática ha sido fundamental para otorgarle legitimidad política y social a un modelo de economía abierta que, sabemos, es el mejor camino para lograr elevar el nivel de vida de toda la población y hacer de la democracia un sistema estable.

En estos dos años de gobierno democrático nuestra política económica ha estado basada en un gran principio: crecimiento con equidad, con justicia social.

El crecimiento económico ha estado sustentado, a su vez, en la confianza y estabilidad que la política económica despertó en los inversores privados. Esta confianza y estabilidad se han traducido en estos años en aumentos importantes de la inversión, tanto nacional como extranjera.

Este ambiente de confianza surge de un manejo de la política económica alejado de las tentaciones de corto plazo y con prudencia monetaria y fiscal. Cuando asumimos el gobierno el año '90, la tasa de inflación anualizada para ese año superaba el 30 por ciento. Nos vimos en la necesidad de aplicar una política de ajuste para quebrar esa tendencia. Esta decisión surgió de nuestro profundo convencimiento que el control de la inflación es condición indispensable para promover el crecimiento económico con justicia social.

En 1990 la inflación alcanzó un 27 por ciento, influida, en gran medida, por la crisis del Golfo. El año pasado bajó a 18,7 por ciento. Proyectamos para este año una tasa del orden de 15 por ciento, y aspiramos a llegar dentro de poco a una inflación de un solo dígito. Esta es una meta que nos hemos propuesto.

La economía chilena atraviesa su noveno año consecutivo de crecimiento, con un aumento del producto superior al 5,5 por ciento anual. El año '91 la economía chilena registró un crecimiento de 6 por ciento y para este año esperamos una expansión del orden del 6.5 a 7.0 por ciento.

En estos dos años de Gobierno se ha incrementado significativamente el esfuerzo social, especialmente en salud, educación y vivienda, conscientes de que el crecimiento económico por sí solo no cubre la deuda que en esta materia heredó el país.

Estamos cumpliendo el compromiso que contrajimos con nuestro pueblo de revertir las prioridades en la asignación de los recursos públicos en favor de quienes más lo necesitaban y elaborar iniciativas innovadoras que le permitan a los más pobres superar definitivamente su condición de marginados.

Muchos miraron estos compromisos con escepticismo. Algunos creyeron que el gobierno sería desbordado por las demandas sociales; otros, que el intento por cumplir con el programa social desestabilizaría las finanzas públicas.

Nada de ello ha ocurrido. En estos dos años el gobierno ha aumentado en más de 30% el presupuesto de los sectores sociales, esto es, 1.300 millones de dólares adicionales, que han permitido alcanzar los más altos niveles de gasto público social registrados.

Asimismo, tanto el '90 como el '91 el presupuesto fiscal registró un superávit, lo que ilustra la preocupación por mantener una política económica responsable, en la que todo aumento de gasto debe contar con su correspondiente financiamiento. Ello ha sido posible porque desde un comienzo señalamos al país que no se podría avanzar responsablemente en el terreno social sin una reforma tributaria que permitiera financiar este esfuerzo.

De esta manera, los avances logrados en el desarrollo social y la lucha contra la pobreza extrema, lejos de afectar la estabilidad macroeconómica, han sido acompañados de niveles crecientes de ahorro público.

El sector externo ha demostrado gran solidez. En 1990 concluimos una exitosa renegociación de nuestra deuda externa. Podemos hoy señalar con confianza que Chile ha dejado atrás la crisis de la deuda. El comportamiento de la inversión extranjera también ha sido altamente positivo, alcanzando niveles récord en estos dos años. El '91 la inversión extranjera llegó a 1.200 millones de dólares, cifra que como proporción del producto geográfico bruto es una de las más altas del mundo.

Nuestro país tiene las dos condiciones necesarias para atraer esas inversiones: una economía estable y una legislación que, como ninguna otra, da plenas garantías al inversionista extranjero. Además, hemos estado dispuestos a negociar convenios para proteger las inversiones y para evitar la doble tributación y hemos suscrito el Convenio de Washington para la solución de controversias derivadas de la inversión extranjera.

Todo ello tiene por objeto ratificar algo que ya es conocido: nuestro trato a la inversión extranjera es favorable y permanente, como lo es también nuestro trato al comercio que proviene del exterior y que compite en Chile con nuestra producción nacional en plena igualdad.

El crecimiento económico de Chile se sustenta en la profundización de los lazos económicos con el resto del mundo. Hemos abordado este objetivo desde diversos ángulos.

En el plano nacional, en 1991 hemos rebajado los aranceles aduaneros en más de un tercio. En Chile, el arancel único común para las importaciones, es del 11% parejo. En Chile, las barreras para-arancelarias están prohibidas por ley y no se utiliza instrumento alguno para tratar de frenar administrativamente el flujo de importaciones.

Todo ello reafirma la posición de Chile como una de las economías más abiertas de la región. Así se reconoce en los principales foros internacionales, siendo el GATT el más importante.

Tal política se ve reflejada en el desempeño comercial de Chile. En 1991 las exportaciones crecieron más de un 10 por ciento en términos reales y se espera un aumento superior este año, a pesar del contexto recesivo que viven las economías industrializadas. Todo ello configura un cuadro global de amplia disponibilidad de divisas.

Una economía abierta como la nuestra enfrenta, sin embargo, dificultades. El proteccionismo practicado por países grandes y pequeños es aún un gran obstáculo que es preciso superar. Especialmente gravosos son los aranceles progresivos que castigan a los productos con mayor valor agregado y las barreras no arancelarias que se van constituyendo en la herramienta más común e insidiosa del proteccionismo.

La respuesta al proteccionismo de otros no puede ser izar nuestras propias barreras, sino todo lo contrario. Chile se esfuerza en las negociaciones del GATT y en las negociaciones bilaterales con otros Estados para avanzar hacia la plena liberalización del comercio.

Permítanme recordarles que Chile fue --junto a otros países, entre los que se cuenta por cierto Estados Unidos-- uno de los fundadores del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) en 1947. En las actuales negociaciones de la Ronda Uruguay Chile ha tenido un papel activo, presentando importantes ofertas para consolidar la apertura de nuestro régimen comercial, tanto en bienes como en servicios.

Los acuerdos comerciales bilaterales son otro instrumento clave en nuestra estrategia. Conocemos los beneficios que le ha traído a la economía de Texas la integración con México. A pesar de nuestra lejanía geográfica, hemos intentado hacer otro tanto, habiendo suscrito un Acuerdo de Libre Comercio con México en Septiembre del año pasado. Este Acuerdo entre Chile y México es

simple pero al mismo tiempo amplio y ambicioso. Asegura la eliminación de todas las trabas para-arancelarias desde el momento mismo de su suscripción, y de todas las barreras arancelarias al comercio bilateral de mercancías a más tardar el 1° de Enero de 1998, por etapas progresivas.

Por otra parte, un aspecto adicional que diferencia el Acuerdo suscrito entre Chile y México de los esfuerzos integracionistas tradicionales en nuestra región es la incorporación del comercio de servicios, integrando de esta manera los tres elementos centrales del intercambio contemporáneo: comercio de bienes, servicios e inversión.

Pero este esfuerzo integrador debe ir más allá de América Latina, para incluir a todos los países de América. Es por ello que Chile ha apoyado decididamente a la Iniciativa de las Américas, propuesta por el Presidente Bush en Junio del año '90. Vemos en ella una oportunidad histórica para consolidar la democracia y el crecimiento económico en nuestro hemisferio.

Chile ha manifestado su interés en avanzar hacia la negociación de un Acuerdo de Libre Comercio entre ambos países. Estados Unidos ha hecho otro tanto, con especial fuerza durante la visita del Presidente Bush a Santiago en Diciembre del año '90. Esta voluntad se vio ratificada en su presentación al Congreso norteamericano, en la que solicitó la extensión del mecanismo de vía rápida para negociar acuerdos comerciales.

Allí se mencionó explícitamente a Chile como un candidato de importancia, en condiciones de negociar un Acuerdo de Libre Comercio en los próximos dos años.

Agradezco las palabras del señor Alcalde, que al recibirme en el aeropuerto expresó su simpatía y su apoyo a esta iniciativa de un Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y Chile.

La situación de Chile en sus relaciones comerciales con Estados Unidos no es la misma de sus vecinos más inmediatos. Tenemos un comercio bastante más diversificado, cuyos mercados europeos, asiáticos y latinoamericanos son tan importantes para nosotros como el comercio con América del Norte. No queremos un Acuerdo de Libre Comercio que modifique este equilibrio. Queremos un Acuerdo que permita a ambos, Estados Unidos y Chile, fortalecer y estabilizar los flujos de comercio e inversión y contribuir en conjunto a una mayor apertura del comercio mundial.

Pensamos que la estabilidad económica de Chile, su estructura institucional abierta al comercio y la inversión extranjera y el equilibrio de su sector externo, lo convierten en una opción ideal para avanzar en la dirección que la Iniciativa de las Américas ha fijado.

Comprendemos que nuestro mercado es pequeño, pero sin embargo es atractivo en bienes de capital, que un país que en el auge de crecimiento en que se encuentra empeñado, necesita y ofrece posibilidades de adquirir. Pero es, además, un Acuerdo con nosotros, emblemático en cuanto puede ser un punto de partida para una expansión de acuerdos semejantes, cumplidas las condiciones adecuadas, con el resto de los países.

Permítanme, saliéndome del texto, una pequeña digresión. Las relaciones entre Estados Unidos y los países de América Latina han sido históricamente una relación del tío rico y los sobrinos pobres. En cierto modo, distante. En ciertos períodos Estados Unidos ha manifestado interés por preocuparse de, específicamente, América Latina. Tal fue la política del buen vecino, tal fue, en otro momento, la política de la Alianza para el Progreso. Pero estas políticas llevaban, en cierto modo, un sello paternalista. Era el Estado poderoso que le tendía una ayuda a sus sobrinos pobres y desvalidos.

La Iniciativa para las Américas, en ese sentido, tiene un rasgo distinto, en que es un desafío entre iguales en dignidad, en cuanto Estados soberanos, por diferente que sea nuestro poder. Es un desafío a asociarse, abriendo fronteras, constituyendo una unidad comercial más amplia. Y, en ese sentido, creo que tiene una enorme importancia para Estados Unidos, una enorme importancia para los países de América Latina, y abre la posibilidad de construir una gran unidad económica entre todo el continente americano.

El mundo en que vivimos ha cambiado en la década pasada a una velocidad impresionante: la doble transformación de los países de la Europa del Este en economías de mercado y en democracias políticas, la interdependencia de las relaciones económicas y los problemas del medio ambiente hacen inevitable y necesario un acercamiento permanente y estable entre Estados Unidos y América Latina.

Mi gobierno ha apoyado la propuesta del Presidente Bush, convencido que los tiempos modernos nos exigen enfrentar en conjunto estas transformaciones cuanto antes.

En nuestros dos años de gobierno, Chile ha sabido responder a los desafíos de construir un régimen democrático, superando las divisiones del pasado y perfeccionando un sistema económico basado en las reglas del mercado y que favorezca a las grandes mayorías.

Desafortunadamente, la historia de América Latina, así como algunos eventos recientes en la región, nos recuerdan que la democracia es frágil, especialmente cuando subsisten aún grandes desigualdades sociales y económicas.

El desafío de nuestro tiempo es consolidar la democracia en nuestro hemisferio. Para ello tenemos que esforzarnos por derrotar la pobreza, factor permanente de inestabilidad. De aquí nuestro empeño por crecer con equidad. Estamos colaborando en la construcción de un continente americano más próspero y más justo. Lo hacemos basados en los principios de libertad y justicia que nos inspiran desde nuestros inicios como naciones libres.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

DALLAS, 12 de Mayo de 1992.

MLS/EMS